

RUMBOS DE NAVEGACIÓN EN PSICOANÁLISIS *

José Manuel Pinto

Junio de 2005

RESUMEN

En este artículo se mantiene la tesis de que la revolución epistemológica y clínica del psicoanálisis contemporáneo relacional implica una transición democrática en psicoanálisis. Dado que toda experiencia es interpretable, esta interpretación dependerá de una perspectiva concreta y, por tanto, nadie podrá atribuirse mas que una visión parcial de cualquier cosa. Este principio de incertidumbre funda una nueva epistemología y clínica necesariamente más democrática y eficaz pero conlleva nuevos problemas. Hemos perdido la certeza de dónde reside el criterio de verdad en un momento dado, si en el terapeuta o en el paciente o en ninguno de ellos. Por tanto, un reto clínico es el aprender nuevas maneras de navegar en psicoterapia en situaciones de enfrentamiento, de disyunción intersubjetiva paciente-terapeuta: ya no disponemos de la idealización de teorías salvadoras que atribuyen en exclusiva el criterio de verdad a la profesionalidad del terapeuta. Otro reto es el desarrollo de la tolerancia para convivir en estos tiempos de pluralismo teórico, de los que podemos renegar si caemos en la ortodoxia o el eclecticismo.

Palabras clave: pluralismo teórico, principio de incertidumbre, rumbos de navegación, utopía y desencanto.

SUMMARY

In this article, the author maintains the thesis that the epistemological and clinical revolution in contemporary relational psychoanalysis implies a transition to deepening democratization. As all experience is interpretable, this interpretation necessarily depends on one's specific perspective, and therefore, no one can claim to have more than a partial view of anything. This principle of uncertainty has led to a new epistemology and clinical practice that are necessarily more democratic and effective but which also involves new problems. We have lost our certainty as to where the criteria for truth reside at any given moment, whether they are in the therapist, in the patient or in neither one. Consequently, the great clinical challenge is learning new ways of navigating the waters of psychotherapy in situations of confrontation and patient-therapist disjunction, now that we no longer have at our disposal idealized "savior" theories that place the criteria for truth exclusively in the therapist and his /her professionalism. Another important challenge is the development of tolerance and acceptance of the ideas of others in times of theoretical pluralism, a challenge one might attempt to avoid by falling into orthodoxy or eclecticism.

Key words: theoretical pluralism, principle of uncertainty, navigation routes, utopia and disenchantment.

1. PSICOANÁLISIS EN TIEMPOS DE PLURALISMO.

Vivimos en tiempos estimulantes por la emergencia del psicoanálisis relacional como un paradigma más convincente, democrático y útil clínicamente que el psicoanálisis clásico. Se trata de un paradigma con algunas bases comunes epistemológicas, teóricas y clínicas, que sirven de punto de convergencia de toda una heterogénea variedad de escuelas y posiciones idiosincráticas que divergen ampliamente (neokleinianos, interpersonalistas, teóricos del apego, psicólogos del self, winnicottianos, etc). Por otra parte, algunos teóricos relacionales como Jessica Benjamin entablan un diálogo fructífero entre el modelo relacional y el psicoanálisis clásico. De manera que la complejidad de esta situación también nos hace vivir en tiempos confusos además de estimulantes.

De ahí, que uno de los retos principales de nuestra época sea bien paradójico: necesitamos proteger el pensamiento divergente, la riqueza del pluralismo y la teórico-diversidad, al tiempo que necesitamos estimular el pensamiento convergente, la fuerza, creatividad y coherencia de nuestras teorías. Este ideal paradójico ha sido encarnado por Mitchell (1988), quien señalaba dos peligros principales: la ortodoxia y el eclecticismo. La ortodoxia protege la coherencia a costa de la anulación del pluralismo. Y el eclecticismo protege el pluralismo a costa de la pérdida de la coherencia teórica.

¿Cómo vivimos los terapeutas con el pluralismo teórico?, ¿qué teorías nos seducen?, ¿con cuáles nos casamos y por qué?, ¿de cuáles nos separamos porque nos impiden crecer?, ¿cuáles repudiamos prematuramente a pesar de que impliquen un gran enriquecimiento teórico? La respuesta más racional es que nuestra práctica clínica va desarrollando una selección natural de aquellas teorías que resultan más coherentes y útiles para el trabajo clínico. Esto es verdad pero hay además componentes puramente emocionales. Uno de ellos es el funcionamiento de las teorías como "objetos del self" necesarios a través de toda nuestra carrera profesional. Las teorías siempre funcionarán como componentes que cohesionan nuestra identidad profesional, guías para la exploración clínica y modelos de trabajo terapéutico. Por tanto, una cierta idealización de las teorías es inevitable y necesaria.

Por otra parte, junto a esta idealización benigna, entre los terapeutas y las teorías de pertenencia se establece una "relación de sumisión", especialmente observable en nuestros primeros años de práctica clínica. Partimos como principiantes de una situación de extrema vulnerabilidad con intensos sentimientos de vergüenza por no saber suficiente cómo ayudar a un paciente y el terror al fracaso y la pérdida de pacientes. Recuerdo cómo en mis tiempos de terapeuta adolescente tras una sesión con un paciente límite podía leer ansiosamente algún capítulo de Kernberg. Es decir, para salir de la situación de impotencia como terapeutas defectuosos (Arendar, 2004), semicrudos, hacemos un uso idealizador de la teoría proyectando sobre ella un ideal de

competencia, seguridad y protección. Con el paso del tiempo se puede acabar en la ortodoxia si se encuentra una teoría salvadora que imaginariamente nos libre del dolor de revivir estos sentimientos de incompetencia.

Si no se cae en esta trampa, un punto inevitable de desarrollo es la "desidealización de las teorías de pertenencia", como consecuencia de la participación en las discusiones entre teorías antagónicas y de los conflictos de inadecuación entre el uso de las teorías y los resultados prácticos. Todos sabemos que estos conflictos resultan muy dolorosos debido a que entran en juego los aspectos más básicos de nuestra identidad profesional y el miedo a la pérdida de los lazos de pertenencia a nuestras familias psicoanalíticas. Si todo marcha bien nos encaminamos hacia un uso más maduro de las teorías. De lo contrario, se puede abrazar una nueva ortodoxia o quedar empantanado en el eclecticismo o el escepticismo.

2. LA INCERTIDUMBRE COMO PRINCIPIO DEMOCRÁTICO.

Con su teoría de la intersubjetividad en conjunción con la filosofía hermenéutica, Stolorow, Atwood y Orange nos han embarcado en el proceso de desidealización del psicoanálisis clásico más coherente, enriquecedor y sistemático que se haya realizado hasta la fecha. Tengo una deuda de gratitud con estos tres autores que me gustaría reconocer. Personalmente, viví de forma entusiasta y gozosa el estudio y la incorporación de esta teoría. Recuerdo reuniones de discusión con colegas, en donde me resultaba fácil encontrar interpretaciones alternativas en base al análisis del impacto de la actividad del terapeuta sobre el paciente. Experimentaba la transición a un nuevo paradigma en los términos descritos por Khun (1962), como el aprendizaje de una nueva gestalt: *"el científico que cambia de paradigma es como la persona que se coloca lentes inversores, lo mismo de antes lo ve diferente"*.

Una de las principales convicciones básicas de Donna Orange (1995) es que *"toda experiencia es interpretativa, por tanto, perspectivista, ninguna persona ni grupo puede tener más que una visión parcial de cualquier cosa"*. Este pilar central del psicoanálisis relacional contemporáneo es comparable al principio de incertidumbre de la física cuántica, y en el campo social, al establecimiento de un sistema democrático como antídoto contra el régimen autoritario del psicoanálisis clásico. La paradoja de aceptar esta revolución epistemológica y clínica que destruye nuestra ilusión de un saber omnipotente es que termina por hacernos más sabios. Puesto que ya no creemos en un conocimiento objetivo e incuestionable, podemos enriquecer nuestras versiones de la realidad con las versiones complementarias y antagónicas de los pacientes dentro de un diálogo cooperador y flexible (Mitchell S., 1988,1993).

El trabajo de Philip Ringstrom sobre "momentos de improvisación" es otra manera de positivizar y usar creativamente el principio de incertidumbre. En continuidad con una tradición principalmente winnicottiana, Ringstrom nos anima a trabajar también con el "no saber", con la incertidumbre, a través de

intervenciones espontáneas e improvisadas que buscan la emergencia e integración de estados afectivos disociados o renegados.

3. UN NUEVO PROBLEMA: LA AMBIGÜEDAD DEL CRITERIO DE VERDAD

Ahora bien, el principio de incertidumbre que funda nuestra joven psicoterapia democrática también conlleva nuevos problemas y desencantos. ¿Cuáles son ahora los criterios de verdad cuando nos encontramos ante versiones fuertemente enfrentadas entre terapeuta y paciente o entre teorías antagónicas?, ¿qué criterios tomamos para decidir cuál será la versión más enriquecedora en un momento dado? Aquí el "no saber" puede atraparnos en un relativismo escéptico que tienda a inhibir la toma de decisiones clínicas o la confianza para construir nuevas teorías.

Casi se añora la época anterior a la muerte del "ojo de Dios" (Stolorow R., Atwood G., y Orange D., 1997) en donde el criterio de verdad era propiedad exclusiva del terapeuta. El que fuera presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Horacio Etchegoyen (1986) mantenía que en casos de impasse el terapeuta no puede confiar de ningún modo en las opiniones del paciente. En contraposición a este punto de vista, los winnicottianos y kohutianos han desarrollado una alternativa teórica enriquecedora, con su programa de validación y legitimación de la perspectiva del paciente. Pero en ese movimiento liberador han terminado por girar el péndulo al lado contrario, situando esta vez el criterio de verdad en el paciente. Desde un punto de vista más integrador, Stolorow, Atwood y Orange (1997) han propuesto una concepción del impasse como una situación de fuerte disyunción entre paciente y terapeuta donde se ponen de manifiesto, en primer plano, las diferencias radicales entre dos mundos experienciales, así como la inevitabilidad de pensar en términos intersubjetivos. De lo que deducen la recomendación técnica de analizar y reconocer el impacto de la actividad del terapeuta sobre el paciente como forma de solución para este callejón sin salida. Sin duda se trata de un progreso teórico y clínico, además de un avance democrático pero queda aún por resolver el criterio de decisión cuando todavía persiste el antagonismo.

Donna Orange (1995) reconoce el problema de la *"falta de un criterio incuestionable para la elección entre diversas versiones de la realidad"*, así como el peligro de caer en el escepticismo blando o el nihilismo. Se desmarca del relativismo y el subjetivismo y propone como solución un "realismo perspectivista". Si ninguna versión de la realidad es completa, podremos tener un mayor acceso a ella a partir de la multiplicación de los puntos de vista, de la pluralidad de perspectivas. Los tres ejemplos clínicos que nos ha relatado son una ilustración de los daños que causa el encasillamiento de los pacientes en diagnósticos cosificantes y humillantes, debido al reduccionismo que implica el uso por parte del terapeuta de una única perspectiva que ilusoriamente cree abarcar objetivamente la realidad del paciente. Para evitar este problema describe una de sus actitudes básicas en el trabajo clínico como *"un rechazo a*

discutir sobre la realidad, es decir, a asumir una actitud autoritaria de conocimiento". Se trata de la mayor defensa que pueda realizarse a favor de la protección de la subjetividad del paciente. Sin embargo, tiene el inconveniente de ser un principio organizador que no defiende igualmente el uso de la subjetividad del terapeuta. Me temo que aquí hay una confusión entre el valor incuestionable de combatir el abuso de poder y el autoritarismo del terapeuta, y la evitación de la expresión de la subjetividad del terapeuta cuando es antagónica a la del paciente, algo que puede ser muy enriquecedor (Bollas 1987, 1989).

Precisamente, el caso que propone Ringstrom ilustra el uso expresivo y políticamente incorrecto de la subjetividad del terapeuta en franca oposición a la subjetividad del paciente. Ringstrom describe la primera entrevista con Timothy en la que se sintió *"inusualmente juzgador en mi reacción hacia él"* y reconoce que esta actitud se opone a nuestro ideal de analistas: *"aprendemos a no juzgar respecto a amplias categorías de la conducta humana, sobre asuntos como el adulterio, el abuso de drogas, las creencias religiosas o políticas contrarias a las nuestras, y en esos niveles de abstracción no nos resulta difícil alcanzar una actitud desprejuiciada y felicitarnos por ello"*. El paciente esperaría una respuesta en sintonía con sus principios organizadores y las reacciones habituales de su entorno familiar. Por ejemplo, escuchar que podrá conseguir sus objetivos si trabaja más duramente. Sin embargo, recibe una respuesta sorprendente en boca de un terapeuta: *"bien, tal vez algunos de ellos sean más inteligentes que tú...quizás otros tienen más talento"*. Desde el punto de vista del paciente *"esto es difícil de tragar"* porque contradice una creencia básica de su autoestima según la cual nadie puede ser mejor ni tener más talento que uno. Y paradójicamente, escuchar esto le resulta liberador: se abre el paso a una realidad impensable pero que da esperanza para salir de la frustración crónica que generan los rígidos principios organizadores con los que el paciente se estaba manejando.

También es dura y liberadora la respuesta improvisada del terapeuta. Es duro saltarse el ideal profesional de *"no juzgar"* y quedarse sin el apoyo protector de nuestras teorías, además del riesgo de provocar una reacción negativa en el paciente. Y es liberador el uso políticamente incorrecto de aspectos de la subjetividad del terapeuta porque traen la frescura y espontaneidad de la aceptación de una realidad dolorosa del terapeuta (soy bueno pero otros tienen aún más talento) que resulta útil para enfrentar otra situación similar del paciente.

La teoría de Ringstrom mejora y flexibiliza uno de los principios organizadores de la práctica de Orange al legitimar el uso de la subjetividad del terapeuta para *"discutir acerca de la realidad"*. Y en sentido contrario, la práctica de Ringstrom se mejora y flexibiliza con la teoría de Orange. Ringstrom sólo nos habla de los componentes liberadores de las intervenciones improvisadas y espontáneas. Se olvida de otra clase de momentos de improvisación en los que los terapeutas expresamos defensivamente nuestros criterios de realidad y los sobreimponemos a los pacientes. Es precisamente en estos casos donde cobra

todo su valor la recomendación de Orange de "*rechazar discutir acerca de la realidad*" ya sea por medio de una actitud consciente y prepotente del terapeuta o a través de una intervención improvisada. La riqueza de la divergencia de ambas teorías residiría en ampliar la relación de oposición mutua a otra relación de complementariedad (Morin, 1977).

4. RUMBOS DE NAVEGACIÓN EN PSICOTERAPIA.

Para combatir la angustia por la ambigüedad e incertidumbre de los criterios de verdad, concebí en mis tiempos de terapeuta principiante una forma utópica de ordenamiento de teorías divergentes. Trataba de resolver e integrar los estados de confusión y fragmentación, derivados de un entorno profesional caracterizado por una gran rivalidad entre teorías y escuelas divergentes. Para ello, usaba como metáfora la navegación a vela, ordenando las teorías de acuerdo al rumbo de navegación preferente.

Así, por ejemplo, me representaba el uso de la teoría kleiniana como un rumbo de navegación de máxima ceñida: tomar la dirección de mayor oposición posible a los vientos de las resistencias del paciente. Se trata de un rumbo peligroso porque es fácil volcar si el barco se escora demasiado o bien quedarse a proado, es decir, meterse en la zona muerta (a menos de 45 grados a babor y estribor de la dirección del viento) en donde las velas no portan y se frena la marcha por quedar demasiado enfrentado al viento. Esta comparación cuadraba bien con el orgullo de los kleinianos por confrontar al paciente con las angustias más profundas, produciendo un movimiento rápido y trepidante del barco de la psicoterapia, razón que conllevaba que la escuela kleiniana tuviera el mayor índice de abandono de pacientes. En el extremo opuesto se situaban los kohutianos con su preferencia por los rumbos de navegación de popa, a favor del viento, en su búsqueda de la responsividad óptima del terapeuta como objeto del self del paciente.

Ahora puedo reírme y burlarme como Sancho Panza de la ingenuidad de esta utopía quijotesca. En los momentos más grandiosos, pensaba en imitar el modelo de la física cuántica -mi libro favorito de caballerías- en tanto teoría unificadora de la batalla de siglos mantenida entre la teoría corpuscular y la ondulatoria. En realidad, estaba proponiendo una paz entre mis teorías internalizadas, basada en otorgar un territorio feudal a cada escuela que pudiera gobernar en exclusiva y sin intromisiones.

5. HACIA UN IDEAL TEÓRICO MADURO

Lo que se niega en mi antigua utopía es la realidad inevitable de la confrontación y agresividad entre teorías opuestas. Un miedo al enfrentamiento que proviene de haber vivido experiencias de escisiones de grupos profesionales en lucha a muerte por la defensa de las teorías de pertenencia que enarbolaban como bandera de guerra. De ahí, que el mayor reto para el desarrollo de la teoría relacional sea –al igual que ocurre en un sistema democrático- el manejo civilizado de las máximas discrepancias teóricas. Parafraseando a Jessica Benjamín(1988), el ideal sería mantener la tensión paradójica entre la afirmación de la propia teoría y el reconocimiento de la del oponente. Para ello, se requiere que desarrollemos la capacidad winnicottiana de jugar al debate entre teorías discrepantes. Esto implica echar por la borda nuestra tendencia al exceso de solemnidad, así como la recuperación del sentido del humor que acompaña a la ironía y desencanto verdaderamente creativos.

En el artículo titulado "Utopía y Desencanto", el escritor italiano Claudio Magris (1999) recupera el valor de la utopía en combinación con el desencanto: *"Utopía y desencanto, antes que contraponerse, tienen que sostenerse y corregirse recíprocamente"*. La idealización (utopía) construye un ideal, una guía en el horizonte que ordena y da sentido a nuestras investigaciones, incrementando el saber. La desidealización (desencanto) viene a corregir los excesos utópicos, y reintroduce un nuevo saber: el saber que no se sabe, la aceptación de la incertidumbre. Y siguiendo el movimiento en bucle, una nueva utopía vuelve a enmendar los excesos nihilistas derivados de la intoxicación del desencanto. A través de este recorrido en espiral, las nuevas idealizaciones o utopías van adquiriendo la forma de nuevos ideales más complejos y humildes.

Así, una vez destruida mi antigua utopía de distribución de las teorías en territorios feudales, y manteniendo un fondo básico quijotesco, me propongo bosquejar una nueva utopía relacional más compleja y humilde. Ahora, en la metáfora náutica el viento no provendría en exclusiva del paciente, sino que representaría la resultante de las fuerzas motivacionales de ambos participantes, paciente y terapeuta. En navegación sólo hay dos movimientos giratorios posibles con los que podemos manejar el barco: orzar y arribar. Se llama "orzar" al movimiento resultante que aproxima, en mayor o menor medida, la proa del barco al lugar de donde proviene el viento, recibéndolo más de cara. Y se llama "arribar" al movimiento de giro contrario que aproxima, en mayor o menor medida, la popa del barco al lugar de donde viene el viento. En términos relacionales, orzar es girar hacia una situación de mayor disyunción intersubjetiva, de manera que quede más en primer plano la afirmación confrontativa de las subjetividades de paciente y terapeuta. Por el contrario, arribar es producir un giro hacia una situación de mayor conjunción intersubjetiva, expresada en el reconocimiento del otro y la búsqueda de la armonía de la pareja terapéutica. El arte de la psicoterapia, al igual que el de la navegación a vela, es cosa de dos. Implica el ajuste constante de las posiciones

de las velas y el timón, orzando y arribando, perdiendo el equilibrio y buscando otro nuevo reequilibrio, para poder así mantener el avance de la terapia en cualquiera de los rumbos de navegación que nos impongan los cambios de la dirección del viento.

Una utopía que guíe el desarrollo de la teoría relacional implica una tensión conflictiva entre la protección del pluralismo y el logro de una mayor coherencia teórica (Mitchell, 1988, Feyerabend, 1962). Una condición básica para avanzar en el primer objetivo es el adiestramiento en la búsqueda de fuentes de información sobre puntos de vista que no obedezcan exclusivamente a las propias predilecciones y excluyan temas y opiniones adversas o críticas (Sunstein, 2005). Y un prerequisite para mejorar la coherencia teórica es el desarrollo de una mayor comprensión de la función de la agresividad en términos relacionales como ya ha señalado J. Benjamín (1997) en su trabajo "Reconocimiento y destrucción". Algo que permitirá una resolución más democrática de los impasses y desencuentros entre terapeuta y paciente: por supuesto, se necesita reconocer el impacto de la actividad del terapeuta sobre el mundo experiencial del paciente, pero además, se necesita reconocer la legitimidad del uso más flexible de la subjetividad del terapeuta en tanto oposición constructiva democrática.

Finalmente, hay que recordar que aunque logremos definir utopías más complejas y humildes, por su misma naturaleza siempre tenderán a elevarnos excesivamente, de manera que necesitaremos una y otra vez el antídoto del desencanto creativo para controlar el movimiento contrario de aproximación a tierra. Este año en el que celebramos el IV centenario de la primera edición del Quijote, me gustaría aprovecharlo para recomendar su lectura como el antídoto más eficaz que conozco contra el fundamentalismo y la extrema solemnidad de los ideales. Los de nuestro famoso personaje se correspondían con los de la caballería medieval: *"deshacer agravios, enderezar tuertos y enmendar abusos y sinrazones"*. Y el ideal de los ideales estaba encarnado en su imaginaria dama Dulcinea del Toboso, quien recibiría las noticias de todas sus aventuras en reconocimiento de su valía y amor. Por una parte, Don Quijote combatía contra todo aquel que osara negar la belleza sin par de su dama. Y por otra parte, cuando Sancho finge encontrar en El Toboso a Dulcinea, Don Quijote reacciona deprimiéndose ante lo que considera obra de encantamiento de su gran dama, transformada en campesina que *"no es de muy buen rostro, es fea, carirredonda, chata y huele a ajos"*.

Como D. Quijote, el psicoterapeuta está dispuesto a entablar singular combate contra cualquiera que se atreva a negar la belleza sin par de sus ideales. Si yo fuera Ringstrom, quizás ayudaría a reducir el exceso de utopía del quijotismo de los terapeutas, a través de una intervención improvisada sobre la aceptación gozosa de lo que tenemos a pesar de sus imperfecciones, como un componente fundamental de la fórmula del arte de ser feliz. Esto podría sacar a la luz una realidad renegada por la desazón constante debido al anhelo insaciable de la máxima perfección. Como D. Quijote, el terapeuta también reacciona de forma depresiva, y considera obra de encantamiento, las situaciones en las que

nuestro mayor ideal aparece en toda su fealdad, chatedad, y con un fuerte olor a ajos. Si yo fuera Orange, quizás ayudaría a reducir el exceso de desencanto del quijotismo de los terapeutas, analizando los principios organizadores inconscientes que subyacen a estos miedos catastróficos, todo ello dentro de un diálogo cooperador y falible.

Y por último, como D. Quijote, el terapeuta define su tarea como la dedicación a "deshacer agravios, enderezar tuertos y enmendar abusos y sinrazones". A esto no podría añadir nada más: porque pienso exactamente lo mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendar R.** (2004). "El afecto de vergüenza-humillación: origen intersubjetivo, mecanismos de defensa y tratamiento". Revista "Intersubjetivo" Vol. 6, nº 1, Junio 2004.
- Benjamín J.** (1988). "Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación". Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Benjamin J.** (1997). "Sujetos iguales, objetos de amor". Ed. Paidós, Barcelona.
- Bollas C.** (1987). "La sombra del objeto". Amorrortu Ediciones.
- Bollas C.** (1989). "Fuerzas de destino". Amorrortu Ediciones.
- Cervantes M.** (1605 y 1615). "Don Quijote de La Mancha". Ed. Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico.
- Etchegoyen H.** (1986). "Los fundamentos de la técnica psicoanalítica" Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- Feyerabend P.** (1962). "Límites de la ciencia. Explicación, reducción y empirismo". Ed. Paidós, Barcelona.
- Khun S.** (1962). "La estructura de las revoluciones científicas". Fondo de Cultura Económica, México.
- Magris C.** (1999). "Utopía y desencanto". Ed. Anagrama, Barcelona.
- Mitchell S.** (1988). "Conceptos relacionales en psicoanálisis". Ed. Siglo XXI, México.
- Mitchell S.** (1993). "Hope and dread in psychoanalysis". Basic Books, New York.
- Morin E.** (1977). "El método. La naturaleza de la naturaleza". Ed. Cátedra, Madrid.
- Orange D.** (1995). "La comprensión emotiva". Ed. Ubaldini, Roma.
- Stolorow R., Atwood G.** (1992). "Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica". Ed. Herder, Barcelona.
- Stolorow R., Atwood G., Brandchaft B.** (1994). "The Intersubjective Perspective". Jason Aronson Inc.
- Stolorow R., Atwood G., Orange D.** (1997). "Working intersubjectively". New York. The Analytic Press.
- Sunstein C.**, (2005). "República.com. Internet, Democracia y Libertad". Ed. Paidós, Barcelona.

(*)NOTA: Publicado en Intersubjetivo. Junio 2005; vol 7, nº 1.